

SINGULARIDADES DEL NUMERO SIETE

Por

Rodrigo FUENZALIDA Bade

Capitán de navío (R), Armada de Chile



TANTAS VECES aparece en los relatos históricos, literarios o simplemente míticos el número siete, que las numerosas frases con significado especial o los hechos, auténticos o no, donde figura este número se han hecho dignas de mención. ¿Es acaso un número cabalístico? ¿Hay algo especial que lo distinga del uno, dos, cinco, ocho, nueve u otro cualquiera? Aparentemente no y nada dice que realmente tenga particularidades que lo hagan diferente a los demás en su sentido de numerar; sin embargo, en la flora y la fauna se distingue en forma particular y así tenemos una planta vulgar chilena, la *Britoa Sellowiana*, de la familia de las mirtáceas, que se le llama "Siete camisas"; otra, pariente de la anterior: "Siete casacas"; dos más, de la familia de las rosáceas, conocidas como "Siete cortezas" y "Siete en rama" por el número de sus hojas. Hay otra de las litraviáceas, la "Siete Sangrías" y de las leguminosas, "Siete sayos". Entre las aves hay una especie de jilguero, en Chile y el Ecuador, llamado "Siete colores", con el plumaje manchado de rojo, amarillo, azul, verde y blanco, la cola y alas negruz-

cas, las patas y el pico negros; en la cabeza negra y amarillo un moño de color rojo vivo. Habita en las orillas de las lagunas y construye su nido en las hojas secas de totora.

Existe el "Sietecueros", un tumor que se forma en el talón del pie, especialmente en los que andan descalzos.

Nadie desconoce los "Sietemesinos", nombre aplicado a las criaturas que nacen a los siete meses de engendradas y el número 7 es capital en ciertos juegos de dados, muy común en los casinos y garitos.

"Las botas de Siete Leguas", de los cuentos infantiles así como "Blanca Nieves y los siete enanitos", algunos juegos de naipes, artículos de carpintería y otras acepciones; pero las más curiosas o que puedan ser motivo de casualidad especial son de distinta índole, por ejemplo, aquella importancia que se le daba al número 7 en la antigüedad. En aquella época, el siete era el más estimado de todos los números y tenía o se le atribuía una significación divina. Los hebreos lo consideraban el "número del juramento" y fue así empleado por Abraham. En la época de Pitágoras, era llamado el "vehículo de la vida humana", por cuanto había

"siete días en un ciclo o semana" y todos sabemos que Dios creó el mundo en ese lapso, descansando el último día. Para los astrólogos y alquimistas de aquellos remotos tiempos, al 7 se le consideraba como representando el "número de planetas y el de los metales" que a éstos correspondían: oro (Sol), plata (Luna), estaño (Júpiter), cobre (Venus), plomo (Saturno), hierro (Marte), mercurio (Mercurio o Hermes). En un principio, hasta el siglo VI de nuestra era, se atribuyó a Júpiter el electro (aleación de oro y plata) y a Hermes el estaño. Este paralelismo místico entre los planetas y los metales se hizo extensivo a los "Siete colores" considerados naturales, lo que no es más que una convención arbitraria que aún subsiste aun cuando se distinguen difusamente en el arco iris y espectro solar.

*

Entre los astrónomos, a las Pléyades se les conocía en la antigüedad como "Las Siete que brillan" o "Las Siete cabrillas". En efecto, de este cúmulo de estrellas notables de la constelación del Toro, a modo de mancha blanquecina o nube se perciben a simple vista seis y a veces (según la capacidad visual del observador) "siete estrellas" principales.

En astronomía, el siete se repite con frecuencia y así lo tenemos en la constelación de Ofiuco, llamada también Serpentario, limitada por la de Hércules, Aguila, Serpiente (cola), Sagitario, Escorpión, Libra y Serpiente (cabeza), como se ve, "siete constelaciones", atravesadas por el ecuador celeste. La constelación boreal de la Osa Mayor está limitada asimismo por las del Dragón, Lince, León Menor, Lebreles y Boyero. Tiene "siete estrellas" principales, todas de 2ª magnitud, que se designan con los nombres de Dubhé, Méraak, Phegda, Megrez, Alioth, Mizar y Benetnash.

*

Hay otros aspectos relacionados directamente con el número 7 y uno de ellos corresponde a los prodigios del profeta Eliseo, sucesor de Elías, quien salvó a un leproso, según las Sagradas Escrituras. Sucedió que Naamán era un general de Benadad II, rey de Siria, muy valiente, favorecido por su soberano porque él ha-

bía, por gracia del Señor, salvado a Siria, pero era leproso. Una muchacha israelita que tenía a su servicio dijo a la mujer de Naamán que si éste rogaba al profeta, que estaba en Samaria, él le sanaría de su lepra. Dijo Naamán al rey de Siria de cuanto había expresado la muchacha; pidióle cartas para el rey de Israel y partió para Samaria. Allí llegó a la puerta de Eliseo y éste le envió un mensajero que le dijo: "Vete y lávate siete veces en el Jordán y quedarás sano y limpio". Al general le sentó mal esto, que se le antojó una descortesía del profeta y deseó regresar a su tierra, mas sus criados se le acercaron y le dijeron: "Padre mío, ¿si el profeta te mandara alguna cosa grande, no lo harías? ¿Cuánto más diciéndote: lávate y serás limpio? Bajó pues, Naamán y lavóse "siete veces" en el Jordán y salió del río con su piel como la de un niño y quedó limpio. Entonces, lleno de asombro y agradecimiento, volvióse al varón de Dios y le dijo: "He aquí que conozco que no hay Dios en toda la tierra sino en Israel".

En el caso del propio profeta Elías, maestro de Eliseo, éste desde la cumbre del monte Carmelo en Israel, envió "siete veces" a su criado a buscar agua de lluvia, y cuando tomóse a Jericó, la ciudad fue rodeada en "siete oportunidades".

El siete se encuentra con frecuencia mencionado en relación con el ceremonial judío y como ejemplo se puede citar la distribución del Templo de Salomón y sus accesorios. Allí había "siete lámparas" y "siete candelabros de oro de siete brazos". (Es conocido que los hebreos tenían en su tabernáculo un candelabro de siete brazos, llevado a Roma por Tito después de la destrucción de Jerusalén). Además del carácter divino atribuido al número siete, asociado mayormente a las cosas del culto, se creía que tenía una definida influencia sobre los hombres. Así decíase que el "séptimo hijo" nacido de una familia estaba dotado de la facultad de curar diversas dolencias y de prever el futuro.

*

No voy a seguir esta particularidad —podríamos decir insólita o inusitada, debida, como es natural, a una circunstancia fortuita e inopinada y no siguiendo una regla irreal y dictada por elementos

ajenos a la lógica y sobrenaturales— en un ordenamiento correlativo y ordenado en prioridad, pues ello resultaría excesivamente largo y metódico y merecería un proceso de investigación demasiado avanzado para el objeto de este sencillo artículo, que sólo pretende recordar cosas ya sabidas y agregar algunas que seguramente los lectores o no conocen o, simplemente, han olvidado en algunos detalles. Por eso, aunque sé que dejo atrás numerosos lugares geográficos y algunos decires o refranes, así como otros aspectos que de citarlos todos sería de nunca acabar, pues el "siete" está repartido en todo el diccionario, quiero limitarme a señalar, además de lo que anteriormente he pretendido memorizar, otras singularidades de este número que verdaderamente son dignas de destacar, sin orden cronológico alguno:

Entre estas curiosidades tenemos las conocidas "Siete maravillas de la antigüedad", que corresponden a un grupo de antiguas obras de arte que fueron consideradas preeminentes entre los observadores de la era alejandrina, siendo las más primitivas y de mayor impacto aquellas seleccionadas por los expertos de esa época, según una relación hallada en un pequeño tratado del siglo VI antes de Cristo. Ellas eran:

1º Las Pirámides de Egipto.

Las únicas que hasta hoy se conservan en Giseh, mudos testigos de una magnificencia que el paso de los siglos no ha podido desvanecer: las tumbas funerarias de los faraones Kéops (Cheops), Kefren (Chefren) y Micerino, tres gigantes que guardan intacto su mensaje de piedra y que han logrado sobrevivir a los embates del tiempo y a la codicia de los hombres.

2º Los muros y los jardines colgantes de Babilonia.

Que hace ya mucho tiempo desaparecieron; ellos se supone que fueron construidos por el rey Nabucodonosor II hacia el año 605 A.C. para complacer a su esposa favorita Semíramis, que procedía de un país montañoso y encontraba monótonas las extensas llanuras babilónicas. Para llevarlos a efecto, se construyeron

grandes terrazas de ladrillos de 25 a 100 pies de altura, edificadas una encima de otras, donde se plantaron espléndidos jardines de exuberante vegetación tropical, con frondosas arboledas y avenidas de palmeras, regadas con aguas del Eufrates, en las cuales el rey Nabucodonosor y la reina podían descansar a la sombra y dominar la ciudad tendida a sus pies.

3º La estatua de Júpiter Olímpico.

Erigida en Olimpia, en el Peloponeso, obra del cincel de Fidias, construida en el siglo V antes de Cristo; una escultura de marfil y oro, imponente y monumental, de 20 metros de altura, tan notable por su belleza y majestad como por su riqueza y tamaño excepcional. Hoy no queda de este monumento ni el menor rastro y solamente en algunas monedas de Elis, en manos de afortunados coleccionistas y museos famosos, aparece una figura que podría referirse al original.

4º El Templo de Diana en Efeso.

Antigua ciudad griega del Asia Menor, donde se han hecho no hace muchos años algunas excavaciones que han permitido descubrir fragmentos del piso, columnas y esculturas del magnífico templo de la diosa cazadora. Estos restos explican por qué se consideraba este templo como una de las maravillas del mundo antiguo. Los primeros griegos que llegaron a Efeso vieron que los indígenas adoraban a una diosa de la Naturaleza dotada de múltiples senos, a la que identificaron como Artemisa (la Diana de los romanos), y edificaron en su honor un altar que más tarde fue enriquecido y convertido en templo, destruido y vuelto a edificar varias veces.

El cuarto de estos templos es el que se consideró como una de las siete maravillas. Se dice que fue construido con la cooperación de todas las grandes ciudades del Asia Menor; tardóse 120 años en terminarlo y fue dedicado al culto el año 430 A.C. Esta construcción verdaderamente gigantesca fue destruida por el fuego el año 356 A.C., en la misma noche en que nació Alejandro Magno. Al respecto, se cuenta que el mencionado incendio fue provocado por un sujeto llamado Eróstrato, quien cometió este cri-

men nada más que para dejar su nombre bajo una permanente recordación. No obstante haber sido condenado a muerte y de inmediato consumido por las llamas en una hoguera, su acción, provocada por su manía de celebridad, consiguió su objetivo, pues inmortalizó su nombre, debido a la magnitud del objeto víctima de su locura.

Sobre las ruinas del templo se edificó otro, que fue terminado antes de acabar el siglo. Este nuevo templo duró hasta el año 262, fecha en que fue saqueado e incendiado por los godos. Los grandes sofitos o pafiones esculpidos en la parte interior de las columnas (de 20 metros de altura) se encuentran hoy en el Museo Británico e indican que el quinto templo era, como obra de arte, inferior al cuarto, pero ambos estaban enriquecidos con pinturas hermosísimas y bellas estatuas. Se contaban entre los mayores templos griegos, por cuanto el 4º medía 127 metros por 66 y era, en consecuencia, mayor que la iglesia de San Pedro de Roma, la más grande de todas las iglesias católicas. El 5º templo era aún de superiores dimensiones. Después del edicto de Teodosio del año 381, que clausuró los templos paganos, todos los materiales provenientes de las ruinas de estos antiguos edificios se emplearon en la construcción de iglesias católicas. Las columnas de jaspe verde que sostienen la cúpula de Santa Sofía, en Constantinopla, ahora Estambul, se supone que proceden del templo de Diana.

5º El Mausoleo de Halicarnaso.

También en el Asia Menor, fue edificado por la reina Artemisa II en homenaje al rey Mausolo, rey de Caria, muerto a mediados del siglo cuarto antes de Cristo. La reina Artemisa llamó a los escultores y arquitectos griegos para construir y decorar este monumento funerario donde se enterró al rey. Consistía en un gran cubo rectangular que sostenía una columna jónica, sobre la cual se apoyaba el techo piramidal, en cuya cúspide descansaba una escultura maravillosa de un carro arrastrado por cuatro caballos, donde se hallaban las estatuas del rey y la reina. Desde entonces la palabra "mausoleo" se mantiene para las tumbas monumentales. Restos de este magnífico edificio funerario original se encuentran también en el Museo Británico de Londres.

6º El Coloso de Rodas.

Consistía en una estatua grandiosa, de unos treinta metros de altura, toda de bronce, dedicada a Helios, dios del Sol, en la isia de Rodas. Fue erigido en 280 A.C. y según la leyenda, era una figura que estaba a horcajadas a la entrada del puerto de Rodas, pero lo más probable es que se hallase en uno de los lados de la entrada. Fue derribado por un terremoto el año 224 A.C., pero, aún en ruinas, continuaba siendo objeto de admiración y de respeto, hasta que el año 656, casi nueve siglos más tarde, un comerciante sarraceno compró los restos utilizables y se los llevó como chatarra.

7º El Faro de Alejandría.

En Egipto, es el precursor de todos los faros del mundo. Su nombre se debe a una pequeña isla cercana a la costa (isla de Pharos). Cuando Alejandro el Grande fundó la ciudad de su nombre, unió la isla con la tierra firme por medio de una escollera a modo de defensa de piedras y en la punta oriental Ptolemeo I y Ptolemeo II de Egipto levantaron un enorme edificio de mármol blanco que se dice tenía 120 metros de altura y en su cúspide ardía un fuego de día y de noche. Esta inmensa construcción recibió el nombre de Faro de Alejandría y constituyó la séptima maravilla de la antigüedad.

Después de mencionar estas siete maravillas de aquellos tiempos remotos, que son sólo una manifestación colosal de lo que puede el hombre, pues ninguna de ellas es comparable a las verdaderas maravillas actuales, tanto en el campo de la ciencia como en el de las obras públicas, v. gr. los grandes edificios de Nueva York, Chicago, Estocolmo, París, Londres y otros, la radio, la televisión, llegada del hombre a la Luna, dominio de la cibernética en las actividades humanas, transplantes cardíacos y otros órganos vitales del hombre, sistemas de comunicación y detección, computadoras, aeronáutica, submarinos atómicos y cuanta cosa hoy nos rodea y nos hace sentir pigmeos ante la realidad material que ha logrado el hombre comparado con aquél de la antigüedad, no por eso vamos a olvidar aquellos personajes o circunstancias u otras características que, siempre del número siete —que es el que nos preocu-

pa— ha de manifestar su incidencia, circunstancial o fortuita, en los acontecimientos que siguieron a la humanidad después de lo ya descrito y nadie sabe si también más adelante.

*

Hay mucho más sobre el número 7, especialmente de orden eclesiástico o histórico y aun exclusivamente literario. De la geografía, mejor no hablar, pues el 7 está en todas partes, pero sólo citaré algunos casos, para no prescindir de ella.

Existen los "Siete Diáconos", que eran siete varones cabales, razonables y justos, que se consideraban hermanos, si no en la sangre, sí en la fe, pues todos eran cristianos. Fueron elegidos por la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén para encargarse del cuidado de los pobres y de las comidas que los cristianos celebraban en común. Como crecieran rápidamente los creyentes en Jesucristo, los apóstoles, para que la tarea encomendada a estos siete hombres no les distrajera de sus obligaciones espirituales, propusieron a los cristianos nombrarlos para estos menesteres temporales en atención a su gran virtud y rectitud de proceder y conforme a esto fueron elegidos como los Siete diáconos, los cuales, "llenos del Espíritu Santo", pudieron hacer parcialmente las veces de apóstoles, como es el caso de San Esteban en Jerusalén y San Felipe en Samaria. El caso de la elección de los siete diáconos es el primero registrado en un cargo eclesiástico jerárquico desintegrado del apostolado, donde hasta entonces se hallaba concentrada la potestad eclesiástico-religiosa. De algunos de estos siete diáconos, como Simón, Nicánor y Parmenas, nada se sabe. En cambio, Felipe, llamado "el Evangelista", predicó exitosamente en Samaria, pudiendo contarse de él, entre otras cosas, que bautizó al eunuco de la reina de Etiopía (Hechos, VIII, 26 siguientes). En relaciones posteriores se habla de Prócoro, que más tarde fue obispo de Nicomedia.

Siguiendo nuestra acumulación de siete, tenemos que, conforme a los preceptos religiosos, la norma suprema a que debe ajustarse el ser humano y en lo que toca al orden moral, es a la Ley de Dios, una de cuyas reglas fundamentales es la de obedecer a sus legítimos superiores, por lo que todo cuanto carezca de la de-

bida conformidad con la Ley Divina, es lo que constituye el pecado. Estos son muchos, que no es necesario señalar, por razones obvias; pero, para nuestro objetivo, existen los "Siete pecados capitales", que son: avaricia, lujuria, ira, soberbia, gula, envidia y pereza, que no merecen mayores comentarios.

Otro caso lo constituyen los "Siete dolores de María". La vida de la Virgen María fue una serie ininterrumpida de penas y amarguras; no obstante la piedad de los fieles ha señalado siete circunstancias de su vida en que los dolores de su corazón maternal fueron sin duda más acerbos y éstos son los que por antonomasia se llaman los "siete dolores de la Virgen". Ellos corresponden a diferentes pasajes bíblicos: 1º "Profecía de Simeón". "Simeón, varón justo y timorato dijo a María: Tu misma alma será traspasada con la espada", 2º "Huída a Egipto". "Levántate y toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto y permanece allí hasta que se te avise". 3º "El Niño Perdido". "Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo, llenos de pena, te andábamos buscando". 4º "La calle de la amargura". "Iba Jesús cargado con la cruz y le seguía una multitud de mujeres que se lamentaban". 5º "Crucifixión de Jesús". "Cuando hubieron llegado al lugar llamado "de la calavera", le crucificaron allí: de pie junto a la cruz estaba su Madre". 6º "Descendimiento". "José de Arimatea pidió el cadáver de Jesús, el cual descolgado de la cruz, recibió la Madre en su regazo". 7º "Sepultura de Jesús". "¿Cuál fue tu sentimiento, ¡oh Madre de dolores!, cuando José envolvió en el lienzo a tu hijo y lo puso en el monumento?".

El comentario sobre esto corresponde a un teólogo o un sacerdote.

Hay también otra ocasión para destacar el mentado número siete y ésta es: tres grupos de siete santos llevan el nombre de "Durmientes" y de ellos los más señalados son los de Efeso y los de Marmoutier. Aparentemente el primero que escribió la historia de los "Santos Durmientes de Efeso", fue Diego, obispo de Sarug, en la Mesopotamia en el siglo V y de él la toma San Gregorio de Torres en su libro "De gloria martirum". No hay coincidencia en los nombres de estos personajes entre los diferentes autores. Según San Gregorio son: Maximiliano, Mal-

co, Martiniano, Constantino, Dionisio, Juan y Serapión. Otro cronista, Metafraste, los llama: Maximiliano, Jámblico, Martinio, Dionisio, Exacudiano, Antonino y Juan. ¡Qué nombres, Dios mío! Hay algunos corrientes en nuestros tiempos, pero otros, ¡Dios me valga, parecidos a los siete sabios de Grecia, que veremos más adelante! Si en esa época se hubieran dictado algunas leyes de hoy, sería muy larga la lista de proposiciones de cambio de nombres de pila.

Lo más efectivo es que estos siete hermanos en la fe, eran militares y cristianos y al llegar a Efeso se hallaron con que Decio, general y cónsul primero y luego emperador romano, distinguido por su violencia en las persecuciones contra los cristianos, para mantener allí el culto a Diana, buscó afanosamente a los primeros para apresarlos y entre muchos otros, detuvo a estos siete hermanos, les quitó el cinto y distintivos militares y los amenazó con atroces suplicios si no tributaban culto a sus dioses.

Pero, para no ser vencido por ellos, como le había pasado con muchos, antes de ejecutar la sentencia quiso darles unos días de tregua para que se consultaran entre sí y decidieran lo más conveniente de hacer.

Ellos recogieron todos sus bienes, se los dieron a los pobres y se ausentaron de la ciudad escondiéndose en una cueva del monte Ochlón, para entregarse a la oración y animarse mutuamente para morir por Cristo. De cuando en cuando, el más joven, vestido de pordiosero, salía de la cueva en busca de alimentos. Entretanto, Decio salió de Efeso y al regresar quiso celebrar un gran sacrificio en honor a Diana y se acordó de los siete hermanos. Enterado de su fuga, enfureció y ordenó se les buscara. Hallados en la cueva, mandó cerrarla y sellarla para que nadie pudiera entrar a auxiliar a los allí encerrados y así éstos muriesen de hambre. Pero Decio tenía dos oficiales que profesaban la fe cristiana, Teodosio y Barbo, quienes grabaron en una lámina de plomo los nombres y causa de la muerte y antes que se cerrara del todo la puerta de grandes piedras, echaron dentro la lámina. Esto sucedió entre los años 249 y 251.

En el lenguaje cristiano, el morir equivale a dormirse en el Señor y el cemente-

rio no significa otra cosa que dormitorio. Por ello, a estos siete santos se les llamó los "siete durmientes". Pero este título ha dado lugar a una tradición, dudosa entre los modernos y aun entre los antiguos y es la que refiere que al cabo de siglo y medio, en tiempos de Teodosio el Menor, los siete santos despertaron del sueño que les infundió el Señor, de modo que no habían muerto o que, si efectivamente habían fallecido, debieron resucitar al quitar las piedras amontonadas a la entrada de la cueva, lo que no parece creíble.

Esto dio lugar a una obra literaria, la comedia religiosa de Moreto y Cabaña, célebre autor español, muy cargado a los aspectos eclesiásticos, quien se inspira en la historia de los siete durmientes de Efeso santificados por la Iglesia, que recibieron el martirio en 251. Idea una heroína que está sacrificando a los dioses cuando se le aparece Jesucristo y abjura de sus creencias paganas, recibiendo el anillo nupcial del divino mensajero. El emperador Teodosio la quiere casar con el general Dionisio, pero al ir a celebrarse el matrimonio declara públicamente que ya ha contraído más santos desposorios, siendo tanta su elocuencia, que convierte al mismo Dionisio al cristianismo y éste, a su vez, consigue lo mismo con sus seis hermanos. El emperador, fuera de sí, manda que los siete hermanos sean encerrados en una caverna condenados a morir de hambre. En el último acto, muchísimos años después, se abre la caverna y despiertan los hermanos del milagroso sueño en que han vivido tanto tiempo y se encaminan a Efeso, hallando allí la Cruz del Salvador instalada en el templo de los dioses.

El argumento, de índole poco dramática, es falto de galas y de mayor imaginación; le falta ingenio y fantasía.

Los "siete santos durmientes" de Marmoutier son diferentes. La tradición refiere que eran primos hermanos de San Martín Turonense; sus nombres eran: Clemente, Primo, Leto, Teodoro, Gaudioso, Ciríaco e Inocente. No difieren mucho con la mentalidad de la época para poner nombres hoy considerados anticuados o exóticos. Hacían vida solitaria en el desierto de Marmoutier, en el distrito de Saverne, en Francia, en el departamento del Bajo Rhin, en tiempos del santo obispo y de sus sucesores Gualberto y Teo-

doro; esto es, a fines del siglo IV y principios del V. Fallecieron todos de muerte natural el mismo día, 12 de noviembre, y quedaron tan rozados y flexibles sus cuerpos, que no parecían cadáveres, sino personas dormidas. Todos fueron enterrados en la cueva en que los siete se reunían para alabar a Dios, quedando cerrada la entrada con un altar. En 1881 fue restaurado este santuario por los religiosos del Sagrado Corazón de Jesús a quien pertenecía.

El tercer grupo es el llamado los "siete durmientes del norte", del cual habla por primera vez Pablo Warnefride y supone que se veneran en una cueva de Noruega.

En un museo de Roma se conserva una piedra valiosa en la que están esculpidos siete santos llamados "los durmientes". Pertenecen a otro grupo que, por equivocación, se ha llamado así, pues éstos no sufrieron martirio ni otros tormentos que morir de hambre.

★

Pero aún queda mucho más acerca del número 7 y entre otras cosas, las "Siete palabras", las cuales, por antonomasia, fueron pronunciadas por Cristo en la cruz antes de morir. Ellas son: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (San Lucas, cap. XXIII, vers. 34), ruego misericordioso para los que, llenos de pasión y odio, piden que no se acaben los dolores que Jesús sufre por salvarlos. 2ª "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (San Lucas, cap. XXIII, vers. 43), sublime premio al solo recuerdo de amor perdido por Dimas el buen ladrón. 3ª "Mujer, he ahí tu hijo. He ahí tu madre" (San Juan cap. XIX vers. 26 y 27), palabras de consuelo de Jesús hacia la madre desolada, mostrándole a Juan con la mirada y de amoroso otorgamiento hacia el querido discípulo, mostrándole a María. 4ª "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?" (San Mateo, cap. XV, vers. 34), lamento dirigido a Dios por Jesús, que los evangelistas citan en el lenguaje en que fue pronunciado, es decir, en arameo, y que muestra lo atribulado que está Jesús, que gime su abandono en este momento. 5ª "Tengo sed" (San Juan, cap. IX vers. 34), murmurio de un cuerpo exangüe, extenuado de sed, pero no de sed humana, pues no bebe el vinagre,

que sólo se lo dan en una esponja que le ofrece un sayón, por cuanto su sed es el ansia infinita del mundo que siente su pecho abrasado. 6ª "¡Consumado es!" (San Juan, cap. XIX, vers. 30), palabras que coronan la obra de Jesús como Redentor del mundo, y 7ª "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (San Lucas, cap. XXIII, vers. 46), voz magna y postrera, después de las cuales expiró en la cruz quien vino a este mundo para redimirlo de sus culpas.

En el aspecto musical, "Las Siete Palabras" es el título de uno de los más célebres oratorios de Haydn, escrito en 1785 por encargo del Cabildo de la Catedral de Cádiz para las solemnidades de Semana Santa. En su forma primitiva fue una composición puramente instrumental y hacia 1794 el autor le dio la forma de cantata, tal como hoy se sigue ejecutando.

★

Asimismo, en el ámbito histórico-legal, las "Siete Partidas", conforme a la legislación española fraccionada en distintos cuerpos legales y en multitud de fueros, se formó un Código redactado y compilado por Alfonso X el Sabio, que se inició en 1256 y aunque no está segura la fecha de término, la Academia de la Historia de España ha adoptado la de 1265. Indudablemente, el autor de este código es Alfonso X, quien lo inició y autorizó, si bien las Partidas pudo ser obra de distintos colaboradores versados en Derecho Romano, pero la Academia de la Historia, máxima autoridad en la materia, ha aceptado la opinión del padre Burriel de que don Alfonso "las escribió por sí mismo o por lo menos las examinó, revisó y corrigió". Las partidas o capítulos de este Código son siete, que contienen diversos Derechos que resumen toda la sabiduría y ciencia de la Edad Media y con enseñanzas y manifestaciones del saber humano hasta hoy día.

★

"Los siete sabios de Grecia", nombre que se dio en el siglo VI a siete griegos, antes de Jesucristo, que se ocupaban especialmente del estudio del hombre, de lo que era o lo que debería ser, etc. Ellos,

ordinariamente se dice que fueron: Thales de Mileto, Quillón de Lacedemonia, Pitaco de Mitilene, Bías de Priene, Cleóbulo de Lindos, Periandro de Corinto y Solón de Atenas (nombres que hoy, aun conociendo sus méritos, a ningún padre se le ocurriría poner a sus hijos). La ciencia y sabiduría de los siete sabios, que Plutarco, en "El Banquete" elevó a dieciséis, era de tipo político, resumiendo su saber en aforismos y frases en extremo concisas que el pueblo recordaba y aplicaba cuando era menester.

A ellos, aparte de sus obras literarias y sentencias, les han atribuido frases que aún se conservan y se emplean, como: "Casi todos los hombres son malos". "Conócete a ti mismo". "Nada es imposible para el trabajo". "En la confianza está el peligro", etc.

Pero el número siete tiene aún muchos años de historia, de vida y de recordación. Sigamos con ejemplos:

"Los siete campeones de la cristiandad". Fue el nombre dado en la Edad Media a siete santos de diferentes nacionalidades: Inglaterra, Escocia, Irlanda, Gales, Francia, España e Italia, siete países cuyos campeones como cristianos fueron respectivamente: Jorge, Andrés, Patricio, David, Dionisio, Santiago y Antonio.

Sobre las nacionalidades de ellos, aparecen algunas cosas interesantes, por ejemplo: la bandera del Reino Unido; luego de muchas diferencias históricas y más bien de carácter doméstico, después de 1202, en que Inglaterra se anexó al país de Gales y las luchas contra Escocia e Irlanda, creó la bandera del Reino Unido, que todos conocemos: la "Unión Jack", que representa la unión de Inglaterra, Escocia e Irlanda del Norte, prescindiendo en cambio del País de Gales. Con anterioridad al Decreto de Unión, la bandera de Inglaterra era blanca con una cruz roja vertical; la de Escocia azul con una cruz vertical y la cruz roja diagonal fue uno de los emblemas de Irlanda.

En la "Unión Jack" las tres cruces aparecen unidas. En cambio, el emblema de Gales era verde y blanco, con un dragón al medio, que desapareció al ser sometido el país a Inglaterra por Enrique I a fines del siglo VIII y por ello no figura en la bandera británica.

★

En relación al número siete hay múltiples ejemplos históricos, pero —en beneficio de la brevedad y el espacio concedido por esta Revista— habré de limitarme sólo a citarlo en sus partes principales, prescindiendo de valiosísimas circunstancias y acontecimientos históricos, para no alargar el propósito del presente artículo. Pero no por eso dejaré de mencionar, sólo en forma sucinta o en su génesis, otros aspectos especialmente históricos y literarios, en los cuales está involucrado el número 7.

Así, por ejemplo, en la geografía existen "Siete Aguas", río en España; "Siete Cabos", cabo en la costa argelina; "Siete ciudades", laguna de la isla San Miguel en las Azores, que ocupa el cráter de un volcán extinto de 5 kms. de diámetro; "Siete de Octubre", cañada en el Uruguay; "Siete Hermanos", grupo de islotes en la costa norte de la República Dominicana; "Siete montañas", alturas próximas a la ciudad de Colonia, en Alemania, donde aún se ven las ruinas de siete fortalezas feudales; y muchas aldeas, municipios en España, como "Siete Iglesias", "Siete Iglesias de Tormes", "Siete Iglesias de Trabancos" y "Siete Aguas". Además existen las "Siete Colinas de Roma", etc.

Los "Siete contra Tebas", tragedia de Esquilo que formaba parte de una tetralogía compuesta de Layo, Edipo, Los Siete y el drama satírico La Esfinge. Las tres tragedias primeras eran continuación una de la otra y el drama satírico, sin constituir su conclusión, estaba sacado a lo menos de la misma leyenda que el resto. Consiste en que el príncipe tebano Polinico, con otros seis príncipes que han abrazado su causa, se presenta ante los ruinos de Tebas que se apresta a su defensa bajo la dirección de Eteocles, hermano de Polinico. Un espía de Tebas regresa del campo enemigo, da cuenta de los nombres de los siete jefes encargados de atacar las siete puertas de Tebas. Eteocles espera saber por qué puerta atacará su hermano, para defenderla personalmente y, a pesar de las súplicas de los tebanos, marcha a su puesto de combate, donde le espera el fratricidio y la muerte.

Poco después traen los cadáveres de los dos hermanos y el coro, dividido en dos partidos, llora y maldice. Los magistrados de Tebas deciden que Eteocles debe ser enterrado con todos los honores

y que el cadáver de Polinico debe ser pasto de los perros por haber llamado al extranjero contra su patria. Antígona declara que enterrará el cadáver y el coro vuelve a dividirse en dos bandos, quedando la duda sobre la suerte del cadáver y de cómo cumplió Antígona su promesa. En la tragedia de Esquilo, a Polinico sólo se le ve muerto y Eteocles no piensa ni un momento en sí mismo. No aparece ninguno de los jefes coligados y el verdadero personaje es la ciudad de Tebas y el explorador del rey que hace una admirable relación. Los preparativos de un combate, la lamentación fúnebre sobre los dos hermanos muertos es la base de la tragedia, ilena del principio al fin de terror y de piedad. Aristófanes expresa que la tragedia es el destino de la ciudad, amenazada por el incendio y el saqueo; es, ante todo, la vida, el numen belicoso; es el espíritu de Marte.

Racine puso el mismo asunto en escena en los "Hermanos enemigos". "Los Siete contra Tebas" ha sido muchas veces traducido y entre las mejores traducciones figura la del chileno Juan B. Salas Errázuriz, en 1904.

*

La leyenda de los "Siete Infantes de Lara" es una de las más patéticas y trágicas de la poesía heroico-popular de Castilla y corresponde a la muerte de los hijos de Gonzalo Gustios y de su mujer, doña Sancha. En ella se dice que ellos murieron en el tiempo de don Ramiro de Garcí Fernández, conde de Castilla, más conocido como García I, rey de León desde el año 910 a 914, quien sucedió por la fuerza a su padre, Alfonso III de Asturias, y es quizás uno de los primeros monumentos de la literatura castellana, pero no se ha encontrado escrita y únicamente se conserva por tradición oral.

La leyenda nace con la boda de Ruy Velázquez con doña Lambra, a la cual asistieron su hermana, doña Sancha, su esposo, don Gonzalo Gustios y sus siete hijos, llamados los infantes de Lara, jóvenes que habían sido armados caballeros por el conde de Castilla. Por un asunto baladí, los infantes se disgustaron con Alvar Sánchez, primo de doña Lambra, el cual recibió un puñetazo del menor de los Gustios. La tía comenzó a dar grandes voces y Ruy Velázquez hiera a Gonzalo

Gustios, el padre de los infantes; éste repele la agresión y al fin el conde don Ramiro y Gonzalo calman los ánimos; pero Velázquez ni doña Lambra perdonan la ofensa y aunque fingen haber olvidado el hecho, no es así, pues Ruy Velázquez pide a Gonzalo que vaya a Córdoba a entregar una carta a Almanzor, en la cual le dice que decapite al mensajero y que vaya a la frontera donde le entregará los siete hijos de Gonzalo Gustios, los cuales son los peores enemigos que tiene el rey de Córdoba. Almanzor no cumple el pedido de la carta, reduce a prisión al mensajero y aún pone a su servicio una mora para que lo cuide.

No contento Velázquez de haber hecho prisionero de Almanzor a su cuñado, trama la muerte de sus sobrinos y para ello los invita a invadir la tierra de los moros, partiendo los infantes con 200 jinetes, acompañados de su ayo Nuño Salido. Al poco tiempo de haber penetrado en el campo de Almenar, los cristianos son cercados por alrededor de 10.000 moros, trabándose un descomunal combate. Siendo los castellanos muy inferiores, se refugian en una colina, que es envuelta al momento por los musulmanes; los infantes envían emisarios a su tío y éste no les atiende, recordándoles los insultos que habían hecho a la familia de su mujer y aun a ésta. Sigue entonces el combate y los infantes son muertos, así como Nuño Salido y los pocos sobrevivientes que quedaban.

Los cuerpos de los siete infantes y del ayo son profanados, cortándoles la cabeza, puestas éstas en lanzas y con ellas penetran en la ciudad de Córdoba, ofreciendo el macabro trofeo a Almanzor. Este hace colocar las cabezas en un paño blanco y se las presenta a Gonzalo, quien reconoce a sus hijos y al ayo. La desesperación del padre es inmensa, pero la mora que vivía con él lo consuela diciéndole que tenía 12 hijos, los cuales murieron el mismo día y ahora se hallaba embarazada de él, preguntándole qué quiere que haga con el ser que lleva en sus entrañas. Gonzalo le dice que si es un hijo, le haga saber quién es su padre y vaya en su busca, entregándole para esto una sortija para identificación. Pasado mucho tiempo, Almanzor libera al cautivo, quien regresa a su casa. Llegado el momento, la mora da a luz un varón, al que pusieron por nombre Mudarra González. Siendo aún

niño, pues tenía 10 años, Almanzor lo nombra caballero, dándole 200 hombres. Enterado de quién es su padre, lo busca y encuentra y acto seguido desafía a Ruy Velázquez delante del conde de Castilla; el traidor se mofa, pero hallándole más tarde en un camino, Mudarra lo mata y pone en prisión a doña Lambra, haciéndola quemar años después.

Esta es la leyenda primitiva, que sufrió más tarde muchas variaciones.

*

"La fiebre de los siete días". Es una infección febril y eruptiva que ataca a los europeos residentes en la India y que algunos autores identifican como el dengue, una especie de escarlatina.

*

"Los siete mares". Cualquiera podría creer que con esta designación se señalan siete mares u océanos importantes, pues no es raro encontrar en poesías u otras piezas literarias a "marinos que han cruzado los siete mares", como para indicar que éstos están fogueados ante las asperezas del mar; pero la realidad es muy distinta. "Los siete mares" es el nombre que antiguamente se les daba a las siete bocas del río Po, en el Adriático, en Italia.

*

"Los siete maestros sabios". Hay una serie de historias de origen oriental. Un emperador romano deseó que su hijo se educase lejos de la corte en las siete artes liberales por siete sabios maestros. A su regreso, su madrastra, la emperatriz, intentó seducirlo. El guardó silencio más de una semana. Durante este tiempo la emperatriz lo acusó y procuró obtener su muerte por medio de siete cuentos que ella relató al emperador, pero sus narraciones eran cada vez refutadas por la habilidad de cada sabio. Por fin, el príncipe abrió los labios, expuso la verdad y la malvada emperatriz fue ejecutada.

*

Si nos referimos ahora a las guerras que ha sostenido la humanidad, el número 7 está siempre presente en alguno de los infinitos conflictos que han asolado al mun-

do, de modo que no he considerado necesario detallar en este aspecto, porque es demasiado vasto. Sólo enumeraré algunos: "la guerra de los siete días", en 1862; una serie de combates librados en la guerra de Secesión de los Estados Unidos, cerca de Richmond, que entre ataques y contraataques duraron 7 días; "la guerra de las siete semanas", en 1866 entre Prusia por un lado y Austria, Baviera, Sajonia, Hannover y algunos estados alemanes menores por el otro. El ejército prusiano inició las operaciones. Fortalecido por la doctrina de Moltke, dueño de un fusil de tiro rápido, muy superior al ejército austríaco, poseía además, un gran espíritu de ofensiva y una asombrosa cohesión. En cambio, el austríaco, mal dirigido por el inepto Benedeck, carecía de moral.

La guerra fue conducida con rapidez relampagueante. Moltke supo aprovechar, con gran sabiduría, las vacilaciones del adversario. Las tropas de Hannover capitularon en Laugensalza, las de Baviera fueron dispersadas en Kissingen y el ejército austríaco fue derrotado en Sadowa, Bohemia, el 3 de julio de 1866. Al principio, la batalla se mantuvo indecisa, hasta el punto que Bismarck intentó un verdadero suicidio lanzándose a la carga con sus coraceros.

"La guerra de los siete años", fue un conflicto europeo (1756-1763) provocado por el antagonismo entre Austria y Prusia, que aspiraban a la hegemonía alemana y por la ambición de supremacía colonial de Francia e Inglaterra. Se formó una alianza ofensiva-defensiva entre Austria, Francia y Rusia, a la que se añadieron después Sajonia, Suecia y varios estados alemanes, contra Prusia e Inglaterra. España también intervino en la guerra después de firmar con Francia el tercer Pacto de Familia en Fontainebleau en 1761.

Cuando Federico II de Prusia entra en Sajonia, el conflicto decisivo entre Inglaterra y Francia por la posesión de las colonias americanas y la India ya ha comenzado. Pero luchar contra Federico II era una derrota segura para Francia, además de que esperaba lo mismo en la India y el Canadá. En Europa, los prusianos cercados por los franceses, los austríacos y los rusos, se hallan en una situación difícil; pero Federico II manda el mejor ejér-

cito del mundo, equipado y entrenado eficientemente, mientras en el bloque contrario no existía más afinidad de propósitos que la eventual de sus ambiciones concretas en política exterior. Austria, aunque robustecida considerablemente por la reina María Teresa, tenía un ejército dirigido por generales de la antigua escuela: tardos, lentos y pesados. Rusia era novata en las lides de los grandes conflictos europeos y sus tropas tenían mucho que aprender de las prusianas. Por otra parte, el caudillo Bestúzev no olvidaba sus buenas relaciones con Inglaterra y en el transcurso de la contienda procuró evitar la destrucción de Prusia.

Cuando los aliados ruso-austríacos tuvieron las tropas de Federico II a su merced, faltó la suficiente unidad de miras y de mando para decidir el triunfo definitivo. El genio militar de Federico, mezcla de rapidez, audacia y astucia, utiliza maravillosamente la magnífica flexibilidad de su ejército. Invade Bohemia, y pone sitio a Praga. Los austríacos le infligen una sangrienta derrota en Kollin, en junio de 1757; los rusos, vencedores en Jagersdorf, ocupan la Prusia Oriental. Los suecos desembarcan en Pomerania. Federico, entre la espada y la pared, abandona Prusia y se retira a Sajonia. En el norte, Hannover, el ejército inglés, cercado por el duque de Richelieu, firma la capitulación de Kloster-Seyen, en septiembre de 1757; el rey de Inglaterra, Jorge II, como soberano de Hannover y más alemán que inglés, se compromete a no seguir en la guerra continental. Viena y Versalles consiguen el triunfo por un momento. Entonces sube en Inglaterra al poder un hombre que personificará el despertar de las energías guerreras y antifrancesas, William Pitt, quien desaprueba la capitulación: las tropas anglo-hannoverianas retiradas detrás del Elba, entran de nuevo a la acción al mando del duque de Brunswick, uno de los mejores lugartenientes de Federico II. Este último se aprovecha de la desunión del mando aliado y el 15 de noviembre de 1757 vence al ejército francés en Rossbach, en Sajonia y aplasta el 25 de diciembre a los austríacos en Leuthen. Durante 1758, las fuerzas francesas, vencidas, se ven obligadas a evacuar Hannover y a retroceder más allá del Rhin.

Federico II logra rechazar a los rusos después de la victoria de Zorndorf, pero

luego es vencido por los austríacos en Hochkirch, poco después por las tropas ruso-austríacas en Kunesdorf, el 12 de agosto de 1779. Esta victoria pudo decidir la contienda; pero la falta de coordinación entre los mandos esterilizó la brillante victoria. No obstante, Dresden capituló y los austríacos establecieron en el reino de Sajonia. Federico tiene tiempo para reconstruir su ejército: al año siguiente los vence en la Silesia y en Sajonia. En 1761, la cuarta ofensiva austro-rusa deja de nuevo a Federico en una situación muy crítica, pues los rusos, dueños de Berlín, inician la conquista de Pomerania. Parecía que Prusia no podría resistir una nueva ofensiva, cuando cambia la situación con la muerte, en enero de 1762, de la zarina Isabel, enemiga encarnizada de Federico II. Pedro III, su sucesor, es un fanático admirador de Federico y concluye una paz por separado, poniendo sus fuerzas a las órdenes del rey de Prusia. Suecia, aislada, se retira de la coalición y Federico queda ahora con las manos libres para volverse contra los austríacos. Francia está agotada financieramente y la guerra contra Prusia se ha hecho impopular. En 1760 Luis XV ha pedido la paz, pero ante la mala voluntad de Pitt, consigue la entrada de España, inquieta por los desastres coloniales franceses en la guerra contra Inglaterra: es el Pacto de Familia entre los Borbones de Francia, de España, de Nápoles y de Parma (1761). Pero lo cierto es que Francia no gana nada con esta intervención, mientras España pierde La Florida.

Inglaterra quería poner fin a una lucha que ya no le podía proporcionar ningún triunfo. Su escuadra y sus tropas coloniales habían obtenido victorias en todas partes: en el Mediterráneo, el Atlántico y las colonias. William Pitt se resistía a firmar un tratado de paz separada con Francia para mantenerse fiel a la alianza con Federico II. Pero la muerte de Jorge II y la ascensión al trono de Jorge III, deseoso de imponer su propia política, provocaron la caída del ministro en octubre de 1761. El pacto con Rusia no fue renovado y en 1762 se entablaron conversaciones preliminares de paz con Francia y España en Fontainebleau. Carlos III de España se había dejado arrastrar a la lucha y sus intereses concretos eran la recuperación de Menorca y Gibraltar, más

la defensa de sus colonias. Pero sólo había conseguido con Francia compartir las amarguras de la derrota.

Con los últimos acontecimientos políticos, quedaban sólo frente a frente Prusia y Austria, pero ninguna de ellas tenía el poder necesario para seguir la guerra. En consecuencia, María Teresa y su cancillería decidieron terminar el conflicto. La paz se firmó en Huberstburg entre Prusia, Austria y Sajonia el 15 de febrero de 1763. Pocos días antes se había concertado en París la paz entre Inglaterra y Portugal por un lado y Francia y España, por el otro. Así terminó la guerra de los Siete Años, que, en cierto sentido, fue la primera guerra mundial, ya que se combatió en cuatro continentes. Su resultado fue la reafirmación de Prusia como una gran potencia europea y la de Inglaterra como primera potencia marítima y colonial.

Para terminar esta lata exposición sobre las singularidades del número 7, sólo faltaría, como un complemento, citar las "Siete Artes liberales", que era una denominación adoptada por la Escuela de Alejandría, con la cual designaba las materias que constituían la enseñanza clásica y que eran: gramática, retórica, filosofía, aritmética, música, geometría y astronomía.

También suele darse a la cinematografía el nombre de "Séptimo arte".

Hay además otras veces en que se nombra el número 7 y entre ellas pueden citarse, como una curiosidad, "La danza de los siete velos" y "La Madona de las Siete lunas".

Y ahora, para terminar, puedo decir que hay mucha gente que siente predilección por ese número y es muy conocido que en nuestro país el Presidente de la República apadrine al séptimo hijo varón de un matrimonio y así cada Jefe de Estado se hace de numerosos compadres y

comadres, y muchos niños, especialmente de escasos recursos, son beneficiados con regalos, la consideración del Jefe del Estado y el orgullo de ser sus ahijados.

¿Y acaso no es motivo de orgullo para un alumno obtener una nota 7 en alguna asignatura y en gente madura tener gran cantidad de sietes en sus calificaciones? ¿Por qué el 7 y no otro? No se ve una razón ciento por ciento convincente, porque también existe la nota 10 para premiar a un estudiante, y en otros países hasta el 20.

Pero no faltará algún aguafiestas que salga con un "Domingo 7" que eche por tierra una reunión, haga algo fuera de lugar, algún acto ridículo en alguna diversión, negocio o simplemente con una opinión descabellada.

Y por ahora, ya está bueno. Abundar más en esto, sería una majadería; pero no quita que si el lector tiene fe en este número, soy el primero en desearle el mayor de los éxitos cuando lo elija para cualquiera circunstancia.

Bibliografía:

Enciclopedia Universal Americana Espasa-Calpe, edic. 1921. Varios volúmenes.

Enciclopedia Universal Sopena - Edición 1965. Varios volúmenes.

Historama (Codex) Edición 1956. Volumen XIII.

Enciclopedia Británica - Edición 1959 - Volumen 20.

Diccionario Enciclopédico Salvat - Edición 1976 - Varios volúmenes.

Enciclopedia Metódica Larousse - Edición 1964 - Vol. 2.

Historia General Moderna - J. Vicens Vives Tomo II.

Santa Biblia.

Enciclopedia Cultural Uteha - Edición 1957 - Varios volúmenes.

